

Que a dónde vas, morena [Vengo de la feria]
Tonada montañesa

Manuel Gutiérrez
El Chaval de Cabuérniga. (1995). Canciones populares de Cantabria. Pak Records. Cantabria

♩ = 63

Voz

Ven-go de la fe-ria con-ten-to ya-le-gre.

Trai-go u-na va-cu-ca que da mu-cha le-

-che. Que a dón-de vas, mo-re-na, dí-me a dón-de

vas. Que a dón-de vas, mo-re-na, que hay que or-de-ñar.

Tú que tie-nes va-ques ya no ha-blas con na-die.

Yo tam-bién las ten-go y son de mis pa-dres Ya dón-

de vas, mo-re-na, dí-me a dón-de vas.

Que a dón-de vas, mo-re-na, que hay que or-de-ñar.

Transcripción de Daniel Gutiérrez

Elementos cotidianos que nacieron para desempeñar una función concreta fueron elevados a la categoría de arte a través de las manos y visión de Coomonte. De igual manera esas canciones ligadas a la faena del día a día se pusieron en boca de anónimos cantores, quienes desarrollaron y elaboraron con su interpretación un género único y reconocible en el repertorio de música de tradición oral de España.

Este Cascabullo te presenta a ti, lector, una canción montañesa para que la leas, escuches y disfrutes.

Nota: para su óptima interpretación, cántese con todo el sentimiento posible, libre de miedos u otros fenómenos frustrantes.

Vengo de la feria
contento y alegre.
Traigo una vacuca
que da mucha leche.

Que a dónde vas, morena,
dime a dónde vas.
Que a dónde vas, morena,
que hay que ordeñar.

Tú que tienes vaques
ya no hablas con nadie.
Yo también las tengo
y son de mis padres.

Que a dónde vas, morena,
dime a dónde vas.
Que a dónde vas, morena,
que hay que ordeñar.



Molino de chocolate o metate, Siglo XVIII, Granito.
Colección permanente del Museo Etnográfico de Castilla y León

Aquí todo es tenaz; nada se inmuta.
La dignidad de la materia esplende
cuando la luz hace el primer esfuerzo,
un empujón que enciende todo y nada
se perturba, da presencia y medida
pero inmovilidad.

De Comarca levantada a un solo grito,
Tomás Sánchez Santiago



Grupo
Amigos
Museo
Etnográfico

Regala cultura, hazte socio

Encuétranos en Facebook
@grupoamigos.mecyl o en
www.museo-etnografico.com/game

Editorial

Ha pasado ya un año de tantas cosas... En aquella otra vida publicamos nuestro penúltimo Cascabullo, aquel que hablaba de las facenderas. Y en esos ecos, escuchamos otra voz que venía de las redes sociales, llamando al optimismo. José Luis Coomonte es actualidad siempre, hoy con su Premio de las Artes Castilla y León 2020; pero también es historia y maestría. Por eso ha sido un enorme placer compartir charla con él, para que nos enseñe, nos aliente y nos haga reír. Y hasta el mes de junio la exposición del Mecyl Reto y Materia asoma a ese Coomonte infinito, según lo define Javier Martín Denis. Como siempre en nuestros viajes, no hemos ido solos. Nos han acompañado Daniel Gutiérrez, en la transcripción musical; Edu Locomotiva, en la portada; Víctor K, en la imagen del metate; y Tomás Sánchez Santiago, en la poesía. A todos ellos, muchas gracias por dejarnos pensar en nuestra publicación como una obra colectiva. Y en un apartado especial, gracias a José Luis y Marianela, generosos. Amigas, amigos, vuelve la primavera, vuelve Coomonte, vuelve el Cascabullo. Nos volvemos a encontrar. Abrazos.

Cascabullo
1/2021

COOMONTE: DIVERSIÓN, UNIVERSO Y LIBERTAD

En abril y mayo del fatídico 2020, cual guerrero atrincherado en una muralla online, un "joven" lanzaba mensajes para la esperanza, el optimismo, la lucha contra el desaliento desde su perfil de Facebook. Y es que José Luis Alonso Coomonte (Zamora, 1932) ha hecho siempre de su arte una bandera, pese a renegar de todo tipo de adscripciones que se le adjudiquen. Si la escultura ya no puede ser, será el dibujo y si no, la palabra: vivaz, combativa, enérgica.

«La edad me ha pegado fuerte, pero me ha dejado una cabeza con la que me lo sigo pasando bien».

Quizá sea esa una de sus claves en la vida, la diversión, no dar nunca la espalda a lo lúdico, algo que repite convirtiéndolo en mantra biográfico. «Mi padre me reñía porque salía con gente muy mayor. Y pasados los años, siempre he salido con gente muy joven, en contraste. Yo con un mayor, si no es joven de mente, lo paso mal». Y en el primero que busca diversión es en sí mismo. «Me meto en un mundo creativo... trato de hacerme amigo de Coomonte, pásarmelo bien. Es un viejo joven, pero se le perdona», dice entre risas.

El tiempo es también conversación recurrente: el que trae recuerdos de compañeros de profesión (Eduardo Barrón, Gregorio Fernández) y de generación (Chillida, Matías Prieto); el del aprendizaje, en la Escuela de San Fernando, donde un profesor le advirtió que necesitaría buena maleta porque el viaje era largo. «Coño, claro que es largo, ¿y va a ser más? Pudiera ser que sí o que no, pero yo asumo toda mi responsabilidad; y que soy una cosa efímera, una historia pequeña. Me quedo con que he trabajado mucho y lo he pasado muy bien», de vuelta a la diversión.

Considera una suerte no solo haber llegado a los 88 años, sino también «vivir todo esto que está pasando y ver cómo va a resolverse. Tengo una frase en el estudio que dice 'El futuro no hay que preverlo, hay que hacerlo'. Si se hace mal, pasando el futuro ya es pasado, ya es otra historia. ¡Todo es tan efímero!».

Durante el confinamiento más estricto, Coomonte publicó en la red social varios dibujos representando al virus y homenajeando a algunos de los protagonistas del momento, como los trabajadores sanitarios o Fernando Simón. «Yo dibujaba estas cosas, Marianela hacía las fotos y Paz escribía los textos desde Madrid. Íbamos a continuar, pero pasé a hacer maquetas, monumentos no merecidos al virus». Porque en una mente creadora, las ideas no paran de



brotar, en cualquier lugar, en cualquier situación. Cuenta que hace poco le regalaron un retrato en el que aparecía como un puzle y así se siente, un todo compuesto por diferentes piezas, independientes pero también complementarias.

Viendo unas sillas vacías, en seguida organiza unas charlas para poder continuar con esa frenética actividad mental. «Querría hablar de algo divertido, de lo que no creo y he visto, de los ángeles. ¡Fíjate qué chorrada! Los ves por los retablos, que asoman, a veces asustan... También hablaría de esculturas que yo ya no voy a hacer, ¿para qué más trastos? O de esculturas que no se pueden hacer. Explico esa escultura y tú escuchas, y haces una solo para tu mente». «Yo querría haber sido escritor» dice, dibujando otra pieza del puzle. «Y ahora, como ya no puedo escribir, pues a hablar».

«Si pierdes algo, busca otra cosa que reponga lo que has perdido un poquito». Si la escultura ya no puede ser, recurre al dibujo, aunque con la vista mermada. «Cojo cartón pluma, rotulador. Con el tacto se establece el margen; y después sobre negro meto blanco o sobre blanco, negro. De cualquier manera, la vista tiene que estar en el cerebro. La cabeza no ve, pero adivina cosas, mueve la mano y crea. Es darle disciplina». Después comienza un juego de líneas y geometrías, con esa máxima que siempre lo ha acompañado: lo redondo es concreto.

Se define también como «ateo, gracias a Dios». Y, sin embargo, su obra ha crecido íntimamente ligada a lo religioso. «A todo eso me llevó el premio de Salzburgo (1962), el Ostensorio», dice refiriéndose al reconocimiento que obtuvo en la Bienal de Arte Sacro de la ciudad austriaca en 1962. Patrimonio compró la pieza y Coomonte «subió para arriba». «Y empiezo a hacer arte sacro, más y más; también la sinagoga de Madrid. Hasta llegué a hacer los almacenes Simago de Badajoz; en Picos de Europa, el mirador del Tombo; en Castellón, el monumento al Labrador, figurativo. Yo he hecho de todo, voy donde quiera y hago lo que quiera. ¡No soy de nadie!». Otro rasgo definitorio, la libertad.

«¡Claro que ahora soy más libre que hace cuarenta o cincuenta años! Pero cuidado, que de pequeño también». Se abre entonces una puerta indispensable, la infancia, un terreno agri dulce. A veces surge el niño feliz que observaba las formas redondeadas de las piedras en el río, «orgánicas como esculturas de Lobo o de Noguchi»; el niño habilidoso, artista, que dibujaba retratos en un cuaderno. Y en otros momentos emerge el que pasaba mucho frío y «oía cosas raras» durante la Guerra Civil; al que enviaron a Madrid en medio del

despertar adolescente, en los años del hambre.

«Cuando te haces muy mayor, la memoria selección de toda la infancia». Y en esa ciente, Coomonte se queda con «un bueno». Sobre todo de su madre, de la guardado el apellido porque, como ha

empieza a hacer una decisión semicons-recuerdo bueno, muy que ha salvado dicho en

más de una ocasión, «mi madre es un hecho y mi padre, un derecho».

En cuanto a misticismos, quizá su pensamiento tiende a una cosmogonía propia, un entendimiento del universo como lugar de origen y fin del hombre. Es allí donde cree que iremos a parar y, si hay suerte, a reencontrarnos con los que queremos. Esa temática también ha ocupado parte de su última obra gráfica, que se expuso en el Museo de Zamora en 2017. «El cartel se hizo a partir de un dibujo del universo. Lo tengo en el dormitorio y aunque no lo vea bien, sé que el cosmos está ahí», como una estampa pacificadora.

Hace solo unos días, Coomonte ha inaugurado una exposición en el Museo Etnográfico, un recorrido por su imaginario a través de los materiales que ha trabajado: hierro, madera, resinas. «Que lo siento, lo de los plásticos». ¿Lo siente? El uso pionero de resinas es uno de los aspectos que suelen destacarse en su obra. «Siento haber trabajado con eso bastante. Ya sabemos que no podemos vivir sin el plástico, o sin internet... sabemos muchas cosas, ¡pero mejoremos la situación!», reflexiona vehemente, en contra de un consumo desaforado y una vida plastificada.

¿Y la forja, otra de las señas de identidad de su obra? «Ha muerto Chillida, ha muerto Oteiza, Martín Chirino... y queda Coomonte, que ya no hace más forja. Ahora no tiene sentido. La fraqua era un aprendizaje para entonces, de otra época» rememora.

En su personal balance recuerda éxitos y fracasos. «He tratado siempre de recuperarme de los dos, tengo tanto de unos como de otros, de todos los niveles». Reconoce también, por primera vez, el miedo, «miedo de que le pasen cosas a los que quiero». Pero para sí mismo no reclama mucho más. «Ya no necesito el reconocimiento de la gente. Yo no quiero más... pero tampoco quiero decir que no a los jóvenes». Y regresa entonces el Coomonte creador, agudo, libre y siempre divertido.

